

**VI Jornadas de Sociología de la UNLP**  
**“Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del**  
**Bicentenario. Reflexiones desde las Ciencias Sociales”**  
**La Plata, 9 y 10 de diciembre de 2010**

**Nombre y apellido de la autora:** Marina Alejandra Reta

**Pertenencia institucional:** becaria de CONICET, con sede de trabajo en la Universidad de General Sarmiento (UNGS) y actual doctoranda de la Universidad de Buenos Aires (UBA)

**Dirección de correo electrónico:** [alejandrareta2006@yahoo.com.ar](mailto:alejandrareta2006@yahoo.com.ar)

**Título:** Memoria y testimonio: algunos problemas y desafíos para abordar el proceso de peronización en los años sesenta.

**Mesa temática propuesta:** N° 8. Los marcos sociales de la memoria. Problemas conceptuales y metodológicos en el estudio de la historia reciente y la memoria.

La ponencia que aquí presentamos es parte de una investigación mayor que la enmarca, vinculada al proceso de acercamiento y/o conversión al peronismo por parte de algunos sectores universitarios en los años sesenta en Argentina, y que toma como caso la experiencia de una agrupación estudiantil que se *peronizó* en aquellos años, que fue el Frente Estudiantil Nacional (FEN). El FEN se definió poco tiempo después del golpe de Onganía como una agrupación “en tránsito” hacia el peronismo y planteó una verdadera conversión al mismo, una absoluta sumisión a la palabra de Perón, y la voluntad de disolver la agrupación en alguna de las organizaciones del Movimiento cuando el Líder así lo dispusiera. Esta decisión llevó al grupo a fusionarse con Guardia de Hierro a principios de los años setenta, dentro de la consigna de Trasvasamiento Generacional lanzada por Perón, como parte de la confluencia de las juventudes políticas dentro del peronismo y como oposición a la Tendencia Revolucionaria y resguardo de sus cuadros respecto a la opción de la lucha armada.

Luego de esta breve introducción del actor colectivo en el cual centro mi análisis, quisiera centrar el tema de esta ponencia en algunas de las cuestiones referidas

al trabajo con testimonios y a la memoria, como una de las posibles perspectivas desde donde abordar la problemática propuesta: silencios, vacíos, omisiones, los tiempos de narración, la construcción desde el presente, recaudos, problemas y desafíos de trabajar con estas fuentes. Para ello tomaremos como ejemplo el testimonio de una de las militantes del FEN que nos resulta sumamente significativo precisamente porque a lo largo de su relato plantea algunas de estas cuestiones vinculadas a los problemas de hablar sobre un pasado aún abierto y traumático, a la cercanía temporal pero sobre todo emocional que nos liga con ese pasado reciente, a lo vívido que aún están en la memoria aquellos acontecimientos y aquellas personas, al sentimiento de grupo, de pertenencia, de contención, etc. De manera que proponemos hacer un recorrido que permitan abrir posibles interrogantes y líneas de análisis para la investigación.

Me interesa retomar aquí el planteo de utilización de fuentes orales y documentales para el abordaje de este tipo de fenómeno, apelando además a herramientas del análisis del discurso, que es la propuesta metodológica en la cual baso mi investigación. A este respecto Federico Lorenz reflexiona acerca de uno de los aportes positivos de la mirada lingüística sobre la historia como aquella que permite la revalorización de las intenciones de los sujetos, y como aquella que debía ser capaz de explicar los tramados de sentidos que organizan los discursos. (Lorenz, 2009: 5-6)

Desde este ámbito particular de análisis centrado en el mencionado proceso de *peronización* de los jóvenes, quisiera plantear algunos interrogantes, tanto en lo que respecta a la incorporación de la historia oral y el valor del testimonio, como en lo que concierne al problema de la memoria, a las múltiples miradas sobre el pasado y las diferentes discursividades que entran en discusión en el espacio social, así como también la cuestión de cómo abordar un pasado doloroso y abierto para muchos de sus protagonistas, cómo hablar sobre la violencia de los años sesenta y setenta en nuestro país, y cómo representar ese horror.

“Yo creo que esa historia se sigue dirimiendo hoy (...) pero la historia de esa época todavía no se puede hacer... porque hoy todavía estamos... hay muchas heridas, hay mucho dolor, hay mucha frustración, y todavía estamos dirimiendo cosas, que no quedaron... que no quedaron resueltas.” (Catalina, 2005)

En este fragmento de testimonio se ve esta paradoja entre la necesidad y la imposibilidad a la vez de contar la historia, como algo que es necesario poner en palabras pero que aún duele, que aún permanece irresuelto, abierto como algo vivo en la

memoria. Al respecto recuerdo que la entrevistada referida en el extracto anterior afirma tener “un cacho de historia muy vívida adentro”. (Catalina, 2005)

Según Dominick Lacapra ese pasado que no ha muerto, que permanece vivo, se relaciona con la experiencia traumática (en relación a un trauma histórico). La memoria traumática traslada la experiencia del pasado al presente y al futuro, hace que ese pasado invada el presente, haciendo revivir y reexperimentar compulsivamente los acontecimientos que continúan vivos en el nivel experiencial y atormenta al sujeto o a la comunidad. En tal sentido, es necesario “elaborarlo”, tomar distancia, para poder tener cierta perspectiva crítica y un control conciente que permita la supervivencia. (Lacapra, 2006: 83)

De ahí que tomar la perspectiva de la memoria nos permite atender al valor de la subjetividad, la incorporación de las historias y relatos de vida en la investigación cualitativa, y su interpretación como fuentes históricas; problematizar los desafíos que presenta el trabajo con testimonios, sobre todo en tanto están signados por la vivencia de situaciones traumáticas (de violencia, de encarcelamientos, persecuciones, etc), por silencios, huecos, olvidos; considerar estos relatos como huellas para rastrear la construcción de identidades, vínculos sociales, grupales y personales.

Teniendo en cuenta lo anterior, el recorrido a través del cual llegamos al recurso al testimonio, dentro del campo de las ciencias sociales, y sobre todo de los estudios de la memoria, tiene como punto de partida el debate fundante entre objetivismo-subjetivismo. Por un lado, la posición durkhemiana de tratar a los hechos sociales como cosas, que intentaba delimitar un campo disciplinario basado en el modelo de las ciencias naturales, y por ende apuntaba a un mundo social objetivo, por encima de los sujetos, constituido en dato, y abordable por medio de la explicación. Por otro lado, aquellos que como Max Weber (1973), partían de la necesidad de diferenciar a las ciencias sociales y humanas de las naturales, colocando el énfasis en la acción más que en los hechos, entendida ésta como conducta subjetiva significativa, abordable a través de la comprensión. Este camino de la comprensión, implica la posibilidad de reconstruir los motivos subjetivos de la acción, y en este recorrido desde la *Verstehen* de Wilhelm Dilthey (1949), pasando por la apropiación de Weber, la comprensión se va transformando en método. Un avance fundamental en este sentido radica en la reformulación realizada por Alfred Schutz a partir de la fenomenología de Edmund Husserl (1992) y Max Weber, cuyo planteo central es la pregunta acerca de cómo acceder a la perspectiva del otro. Según Schutz (1974), la posibilidad reside en que la

conciencia de los sujetos se construye socialmente, intersubjetivamente. Y en cuanto a los modos de acceso, son sus seguidores quienes desarrollen técnicas cualitativas idóneas para reconstruir efectivamente la perspectiva del otro. En este sentido es central la influencia de Schutz en Harold Garfinkel (1984 y 1996) y la etnometodología, y luego retomado por la corriente hermenéutica de Hans Gadamer (1984) y Paul Ricoeur (1999). Éste último sostiene que si bien existe una primacía del uso individual de la noción de memoria, es posible hablar de memoria colectiva básicamente por tres razones: porque no se recuerda en soledad sino a través de los recuerdos de otros; porque nuestros recuerdos son muchas veces, recuerdos prestados de los relatos contados por otros; y porque nuestros recuerdos se encuentran inscriptos en relatos colectivos y reforzados por celebraciones, registros, etc. (Ricoeur, 1999, p.19)

En los últimos años, la utilización metodologías cualitativas se ha incrementado en todas las ramas de las ciencias sociales, sobre todo los métodos biográficos, entrevistas en profundidad, historias de vida, trayectorias, análisis de testimonios, de conversaciones, y en definitiva, la incorporación de la voz de los protagonistas como fuente de material observable. Así, lo cualitativo en ciencias sociales, fue delimitando un nuevo campo de inteligibilidad que incorpora la voz del otro, de aquel que testimonia.

Las reflexiones sobre la posibilidad o no de testimoniar, de decir, de callar, los silencios, los vacíos, los “huecos simbólicos”, y también sobre la posibilidad de escuchar, tienen como precedente importante la experiencia del nazismo, los testimonios de los sobrevivientes, y los debates surgidos a partir de ellos. Fue posible a partir de allí trazar algunos de los desafíos del testimonio sobre todo ante situaciones traumáticas: por un lado las trabas para que el testimonio se produzca, para que los sobrevivientes puedan relatar lo vivido; por otro lado el silencio deliberado, los límites de lo decible; también de lo que tiene sentido decir o no tanto desde quienes testimonian como desde quienes escuchan; y por último los usos, efectos, impactos del testimonio en la sociedad, sus apropiaciones y sentidos a lo largo del tiempo. (Jelin, 2000: 64)

Esa apertura de un espacio de escucha y la posibilidad de dar testimonio, requiere una toma de distancia entre pasado y presente, por un lado, de manera que se pueda “elaborar” y construir una memoria de un pasado vivido pero sin una inmersión total en el mismo, no un revivir ese pasado. Y por otro lado requiere de una relación con otro que pueda ayudar, a través del diálogo a construir una narrativa social con sentido. “No se espera identidad sino reconocimiento de la alteridad”. (Jelin, 2000: 74)

Esta expectativa de reconocimiento también se nota en los testimonios cuando realizan un balance o una evaluación desde el presente, esperando que las generaciones futuras los “juzguen” en base a su actuación en el pasado:

“...como salió todo tan mal uno siempre duda si valió la pena (...) no lo sabremos, nosotros no lo sabremos, quienes escriban sobre nosotros por ahí llegarán a alguna conclusión.” (Catalina, 2005)

“El pueblo argentino tiene algo para agradecerlos? Yo no lo sé, eso lo dirá... los que escriban la historia.” (Catalina, 2005)

De manera que ese espacio de escucha también se articuló con una necesidad de “decir”, de explicar y de contar algo que para los actores fue significativo. Esta articulación permitió el debate y la reflexión sobre el pasado reciente.

Lorenz ubica la instalación de la memoria como tema de reflexión historiográfica a mediados de los ochenta, de la mano del trabajo de Pierre Nora (Lorenz, 2004: 5), si bien su trabajo se centra más bien en la memoria institucionalizada, nacional u oficial.

En América Latina, la constitución del campo de estudios sobre la memoria estuvo vinculada a los testimonios acerca de la represión durante los regimenes dictatoriales del cono sur, y en la Argentina nació fuertemente ligada a la dictadura cívico-militar de 1976-1982. Ese pasado, y su etapa previa de radicalización político-social en los años sesenta, fue tratado en los primeros años de la democracia como un intento por parte de distintos grupos y actores sociales de mantener viva la búsqueda de justicia, verdad, y junto con ello, la necesidad de recordar y de dar difusión a lo acaecido en esos años, y de oponer ese pasado trágico de la represión a un presente democrático. Dados los antecedentes de la constitución de este campo de estudios, muy frecuentemente los primeros trabajos con testimonios sobre la memoria de la represión tomaron y reutilizaron categorías y métodos propios de los análisis del *holocausto* y el fenómeno *concentracionario* del nazismo, adaptándolos, no sin obstáculos ni dificultades, a las experiencias de la represión, el terrorismo, los centros clandestinos, etc. en el ámbito nacional.

Por mi parte, y en consonancia con algunos de estos trabajos, considero que hablar de los años de la dictadura y el terrorismo de Estado “no podía hacerse sin reponer, a través de las historias personales, una parte importante de la historia argentina desde los tempranos años 60 hasta la actualidad. Por un lado, porque sin la historia previa se hacían ininteligibles los años de la última dictadura militar. Por otro

lado, porque los relatos sobre la transición democrática resultaban indispensables a la hora de dar cuenta de las significaciones que se construyeron.”(Carnovale, 2006: 31) Pero además, en consonancia con María Cristina Tortti, creo que al privilegiar el tratamiento de ciertos sectores, ligados sobre todo a la lucha armada, y al centrar la atención en el tramo final del proceso abierto en 1955, es decir, en los años setenta, se produjo “cierta simplificación del fenómeno de activación social y política desarrollada a lo largo de dos décadas, con el empobrecimiento de su comprensión” y con el opacamiento de “las experiencias políticas que precedieron a la decisión de tomar las armas”. (Tortti, 2009: 15)

Precisamente, dentro de esta perspectiva se enmarca mi trabajo, en un contexto que, como señala Lorenz se caracteriza, además, por el “recalentamiento de las memorias” en torno a “los períodos de alta movilización social, en algunos casos canalizada mediante las armas, de los años sesenta y setenta. (Lorenz, 2004: 2) A su vez podemos hablar de una capacidad de escucha social que antes no estaba presente, que abre la posibilidad para el surgimiento de distintas voces ya que, como señala el autor, “numerosos actores sociales tienen algo que decir acerca de ese pasado, tanto desde sus heridas como desde un presente urgente que obliga a definiciones”. (Lorenz, 2004: 2) Aparece junto a esta capacidad de escucha un mandato de memoria, la necesidad de recordar, de no olvidar, y de contar lo sucedido incluso apelando a la –cuestionable– exacerbación del dolor y del horror, ligada al imperativo de evitar su repetición, cuestiones que intentamos problematizar en este trabajo.

Respecto al primero de los interrogantes que planteábamos al comienzo –la incorporación de la historia oral y el testimonio– Lorenz advierte que, en un contexto caracterizado por la fragmentación de modelos interpretativos, cuestionamientos provenientes del el giro lingüístico, renovación temática y aparición de otras voces, aparece la historia oral como una de las entradas analíticas que muestran mayores posibilidades creativas y reflexivas. (Lorenz, 2009b: 9) En todo caso, permite revalorizar el lugar del investigador en la construcción del dato a través de sus preguntas, de su actitud crítica, su ideología y su subjetividad. (Lorenz, 2009b: 11)

La inclusión de fuentes testimoniales en esta investigación está vinculada a la posibilidad de desplegar y de reconstruir las conexiones entre “clima de la época”, proyectos grupales, compromisos políticos y trayectorias individuales, así como las opciones que debieron enfrentar, y que dieron especial densidad a aquellos años.

De esta manera, se contempla la multiplicidad de voces y experiencias, ya que resulta evidente que en las narraciones testimoniales se expresan las distintas versiones de ese pasado, de memorias construidas a partir de diferentes posicionamientos, opciones, percepciones. Por otra parte, las “experiencias” se entienden como procesos continuos y permanentemente renovados que permiten ubicarse en el mundo y constituirse como sujeto en una relación particular con la realidad social, y “si bien las imágenes surgidas de los relatos constituyen resignificaciones individuales de la propia experiencia, en ese mismo movimiento de dar sentido a sus historias personales las narraciones se insertan en un contexto social y permiten dar cuenta de pertenencias culturales.” (Oberti, 2006: 52)

Gadamer señala que el concepto de “experiencia” es “uno de los más oscuros que tenemos” (Gadamer, 1984: 310). Lacapra señala, en el mismo sentido, que se trata de un concepto extremadamente laxo y abarcativo, que se mantiene en la indefinición y la vaguedad. (Lacapra, 2006: 61) La palabra “experiencia” ha sido usada frecuentemente para hacer alusión justamente a aquello que excede los conceptos y el lenguaje mismo, aquello que es tan individual e inefable que no puede ser comunicado. Es decir, se argumenta que a pesar de que intentemos comunicar las experiencias que vivimos, sólo el sujeto sabe realmente en qué consiste su experiencia, ésta no puede ser definida, no puede ser reducida a términos conmensurables.

Podríamos decir que la “experiencia” es el punto nodal en la intersección entre el lenguaje público y la posibilidad de transmisión intersubjetiva y la subjetividad privada, entre una dimensión compartida por la cultura y la historia de una comunidad, y lo inefable de la interioridad individual. Pero a pesar de ser algo que debe ser atravesado, sufrido o padecido en forma directa, no obstante puede volverse accesible -aunque sea en forma fallida e incompleta- para otros (para las generaciones posteriores, por ejemplo) a través del relato, a partir de una “elaboración” que transforme a esa experiencia en una narrativa llena de sentido.

Walter Benjamin (1986) sostiene que no hay experiencia que no esté mediada por el lenguaje y se preocupa por la incomunicabilidad de la experiencia en términos de volverse asimilables dentro de una narrativa dotada de sentido, por la destrucción de una experiencia (*Erfahrung*) genuina. Parte así de la distinción entre *Erlebnis* y *Erfahrung*. La primera hace referencia a la experiencia no integrada, como la del impacto del trauma (Lacapra, 2006: 82), vinculada a la interrupción dramática en el curso normal de la vida, es decir aquella que mantiene una inmediatez vital, única, constitutiva,

inconmensurable, que precede a la reflexión y conceptualización. La segunda sugiere una duración temporal con posibilidades narrativas, permitiendo la connotación de la acumulación histórica del conocimiento, como un “viaje” que emprendemos (no exento de obstáculos y riesgos), que nos da una continuidad lineal, que permite el relato.

Agamben retoma la preocupación de Benjamin y la radicaliza, al afirmar que la búsqueda de una experiencia genuina siempre está condenada al fracaso, no únicamente en la modernidad sino en todos los tiempos. Para este autor, la experiencia se asimila a la infancia, al lugar de origen, a un paraíso pre-lingüístico, por lo que no podrá jamás ser recuperada por el lenguaje, puesta en palabras. (Agamben, 2004: 53)

Sin embargo, creemos que el concepto de “experiencia” no siempre ni de manera necesaria, se vincula con una búsqueda tan grandiosa e irrealizable como la planteada por Agamben. Es decir, el hecho de “haber pasado por algo” puede aludir tanto a aquellos sujetos que han atravesado la experiencia como a aquellos que llegan a empatizar con ella, reconociendo y respetando la alteridad, y que se relaciona con el intento –siempre limitado, imperfecto y fallido– de comprender al otro. (Lacapra, 2006: 68) Esto tiene que ver con la capacidad de decir, y de escuchar, con los efectos tardíos de ciertas experiencias y las respuestas de otros diversos. Creemos, en tal sentido, que es posible una elaboración del conflicto, que no implica necesariamente su cierre o resolución pero sí una distancia crítica y la posibilidad de su transmisión.

Consideramos a su vez que la experiencia implica una dimensión afectiva, un sentimiento hacia la historia de un grupo o una comunidad, y la identificación con ese pasado a través de la memoria. Aparece aquí la relación entre experiencia y memoria, es decir, la conexión con un pasado que no ha sido vivido de manera personal y directa, pero que ha sido transmitido intergeneracionalmente, a través del relato y a partir de la posibilidad de testimoniar.

Ahora bien, para evitar la ingenuidad del tratamiento de los testimonios, Lorenz señala junto a Dora Schwarzstein la necesidad de evitar “caer en la trampa de la simple fascinación por el testimonio”. Es decir, “el relato histórico se construye entre la evocación del informante y las preguntas del historiador, y puede generar que algunos investigadores se queden “pegados” a sus fuentes, sin la suficiente distancia crítica”. (Lorenz, 2009b: 10) Se plantea entonces el interrogante acerca de qué es lo que se busca a través de una entrevista en profundidad o de una historia de vida? Se trata de la presencia plena de la voz de ese otro? De la búsqueda de una verdad? Bien, lo que posibilita la oportunidad de testimoniar es justamente la de reconstruir el punto de vista



del actor sobre sí mismo, sobre los acontecimientos vividos, contribuyendo en cierto modo a su autojustificación. De manera que esa voz lleva siempre la impronta de esa particular reconstrucción de la historia que realiza el sujeto en cuestión, de sus subjetividades, y también lleva las marcas de la situación de entrevista que es un intercambio discursivo en un contexto de producción determinado.

Así, aparece el interrogante acerca de “qué se busca a través de una historia de vida o de una entrevista en profundidad? ¿Será acaso la presencia plena de la voz de ese otro? ¿O tal vez una verdad?” (Oberti, 2006: 47). Lo que posibilita la oportunidad de testimoniar es justamente la de reconstruir el punto de vista del actor sobre sí mismo, sobre los acontecimientos vividos. De manera que esa voz lleva siempre la impronta de esa particular reconstrucción de la historia que realiza el sujeto en cuestión, de sus subjetividades, y también lleva las marcas de la situación de entrevista que es un intercambio discursivo en un contexto de producción determinado.

En este sentido, “quién es el sujeto que en los testimonios nos cuenta su historia de vida? ¿Es aquel que vivió esa experiencia? ¿Es este que hoy recuerda desde este presente?”(Oberti, 2006: 48) La narración testimonial es una construcción discursiva, y como tal, retomando en parte a Maurice Halbwachs, se realiza socialmente, con otros, tanto aquellos que son traídos al relato en el proceso de invocación, como aquellos con los que las narraciones propias se confrontan o confirman. Por lo tanto el testimonio está atravesado por otros discursos y por diferentes temporalidades que dan lugar a diferentes memorias.

Otra cuestión se plantea ya que una vez producido el testimonio, nosotros como investigadores nos encontramos ante un material complejo sobre el cual trabajar, ya que “no es ni la presencia plena, ni una voz incontaminada lo que se pone en juego en los relatos testimoniales”.(Oberti, 2006: 51)

Otro de los problemas que presenta el trabajo con testimonios son aquellas situaciones en que la memoria del pasado invade, como mera repetición ritualizada, como compulsión, como exceso de pasado, o como silencios, para salir de estas situaciones se requiere “trabajar”, elaborar, incorporar memorias y recuerdos sin que eso implique “revivir”. El trabajo de elaboración implica, de hecho, cierta repetición, pero ésta está modificada por la interpretación. Superar implica “tomar distancia” y al mismo tiempo promover el diálogo y la reflexión activa sobre ese pasado y su sentido para el presente. Esto implica un pasaje trabajoso para la subjetividad: la toma de

distancia del pasado, y también apunta a lograr cierta “objetividad” en el análisis y de “historizar la memoria” en términos de Elizabeth Jelin.

Respecto a los reparos que debemos tener respecto a los testimonios, una de las cuestiones que se presentan se vincula a que muchas veces no tenemos en cuenta la diferencia entre la palabra hablada y la escrita, o entre lo que sucedió y el discurso que después construimos, y “no nos percatamos de que grabar la voz, como escribir o pintar, fija lo dicho y en lecturas sucesivas deberá contextualizarse siempre” (Vilanova, 2006: 91).

Contextualizar, ubicar temporalmente a la memoria implica hacer referencia al espacio de esa experiencia en el presente, de manera que el recuerdo del pasado está incorporado de manera dinámica. “Las experiencias se superponen, se impregnan unas de otras.”(Jelin, 2002: 13)

De acuerdo con Jelin, hablamos de procesos de significación y resignificación subjetivos, donde los sujetos se mueven en un presente que se acerca y se aleja simultáneamente de ese pasado recogido en los espacios de experiencia y de los futuros incorporados en horizontes de expectativas. “Multiplicidad de tiempos, multiplicidad de sentidos y la constante transformación y cambio en actores y procesos históricos, éstas son algunas de las dimensiones de la complejidad.” (Jelin, 2002: 13) De manera que tener en cuenta la complejidad de las temporalidades y sentidos que atraviesan la memoria, implica su historización, su ubicación dentro de la dinámica que articula pasado, presente y futuro, así como aquellos acontecimientos que aparecen como nodos que activan la memoria o el silencio en un marco de constante resignificación.

Los horizontes temporales de la acción social incluyen el pasado, el presente y el futuro: la idea que los vincula es que no se puede construir futuro con impunidad por el pasado, y aquí es donde entra en consideración la memoria social. En este sentido, el tema de la memoria es un lugar de cruce de diferentes temporalidades, el presente contiene la experiencia pasada y las expectativas futuras.

Cuando la persona entrevistada busca en su interior elementos que le permitan dar respuestas estamos en presencia de la memoria de hoy, no la de ayer. Según Halbwachs el pasado es una reconstrucción que se hace en el presente.

Según Ramos, no hay pasado inmutable independiente de la experiencia presente sino que se trata de un pasado siempre recomenzado y reconstruido. De manera que cuando esa experiencia vivida deja de ser contemporánea y pasa a ser parte de la

memoria, pasible de ser recordada, se convierte en objeto abierto a múltiples reconstrucciones, a ser reescrito en función del presente. (Ramos, 1989)

Ineludiblemente, junto al lugar del testimonio, aparece el interrogante acerca del espacio de la memoria como terreno de conflicto que también plantea Jelin, “como concepto usado para interrogar las maneras en que la gente construye un sentido del pasado, y cómo se enlaza ese pasado con el presente en el acto de recordar/olvidar. Esta interrogación sobre el pasado es un proceso subjetivo activo y construido socialmente, en diálogo e interacción.”(Jelin, 2000: 22) En este sentido, resulta prácticamente imposible encontrar *una* memoria, una interpretación única del pasado para una sociedad, sino que más bien encontramos memorias en pugna, en conflicto, que implica disputa en las interpretaciones del pasado.

Desde una perspectiva que tiene en cuenta el carácter interdiscursivo de la sociedad, el espacio público aparece como un terreno de disputa por la apropiación del pasado, por la asignación de sentido al mismo, por la circulación de discursos que dialogan, confrontan, se oponen, interpelan, responden, elaboran y reelaboran significados, donde diversas discursividades entran en tensión, continuidades y rupturas, etc. Michel Foucault (1987) habla del discurso como espacio de lucha por establecer los sentidos legítimos y de allí que el discurso pueda entenderse como espacio de configuración subjetiva, de articulación y también de antagonismos y sujeciones. Las formaciones discursivas funcionan como sistema de enunciabilidad, es decir, habilitan lo que puede ser dicho en un momento histórico determinado, a partir de la inscripción del sujeto en distintas posiciones delimitadas en el interdiscurso. Dentro de este espacio de lo decible, fragmentos del pasado son incorporados o silenciados, siempre reelaborados en función de factores ideológicos, generacionales, culturales o históricos. (Lorenz, 2004: 9)

Siguiendo esta línea, Lorenz habla del espacio público como territorio donde “distintos discursos acerca del pasado (entre ellos, el de los investigadores) confrontan, se oponen, complementan o excluyen” (Lorenz, 2004: 10). Es decir, como investigadores y como “agentes”, no escapamos a esa lucha por asignar sentidos al pasado, aunque nuestra práctica profesional nos otorgue una mirada particular, con cierta “autoridad”, rigurosidad científica o peso social. Y además, reflexiona respecto al carácter político de la práctica profesional en términos de tensión entre esa práctica, las memorias sociales acerca del pasado y nuestras propias memorias (Lorenz, 2004: 2). Aparece aquí la cuestión del lugar desde el cual abordamos el problema de análisis,

desde qué formación teórica y profesional, desde qué pertenencia generacional, por lo que entendemos que nuestra mirada esté condicionada por las miradas de nuestro entorno, por los discursos y voces que circulan en nuestro contexto. Y que de alguna manera tiene que ver con aquello de “desde qué presente miramos el pasado” o bien, hasta dónde como investigadores jóvenes, que no vivimos esos procesos podemos investigar, preguntar, indagar, sin vernos “afectados” frente al rol que asumen quienes sí lo vivieron (en tanto portadores de la verdad). Es aquí donde “frente a otros, en conjunto con otros, en disputa con otros, en oposición a otros, por otros, para otros, las memorias se construyen en diálogo, y por lo tanto, lo que dice, cuándo y cómo se dice y también lo que se calla obedece a decisiones (más o menos conscientes) que hablan tanto de ese pasado que se está recordando como nuestro presente.” (Oberti, 2006: 61)

Ciertamente, las diferentes voces evaden la homogeneización y, por el contrario, ponen de manifiesto la diversidad. Sin embargo es posible conjugarlas, vincularlas, cruzarlas, ponerlas en diálogo, en correspondencia, etc. En este sentido, cobra importancia cómo se entrelazan estas voces dentro de la memoria del grupo como un discurso que tiene fisuras pero también continuidades y que puede rastrearse por ejemplo a través de la recurrencia de determinados tópicos, como el espíritu de sacrificio y desinterés del militante, el contexto de violencia y represión, la militancia barrial como espacio mítico de comunión con el pueblo, la negación o irrelevancia de las divergencias internas, etc.

Retomamos, en este sentido, la idea de memoria de Halbwachs de que la memoria se construye socialmente y su concepto de memoria como algo ligado al grupo social, a su visión del mundo, a su pensamiento, intereses, forma de sentir, etc. que se impone a aquél que participa de ese grupo, más allá de la interacción cara a cara. Para el autor el grupo tiene una importancia capital para comprender la memoria colectiva, es decir, “la memoria colectiva, propiamente dicha, es la memoria de un grupo o de una sociedad” (Namer, 1998) en tanto cada grupo va generando a lo largo del tiempo un pasado significativo. Rescatamos esta idea de memoria de grupo, que en el caso particular del FEN nos resulta interesante para rastrear la construcción de su propia identidad, y cómo juega el haber pertenecido, la impronta de dicho sentimiento de pertenencia y de identidad, en la reconstrucción presente del recuerdo, en el recordar con esos otros con los cuales compartimos una experiencia y, asimismo, cómo juega el no pertenecer ya más a ese grupo, cómo implica huecos, baches, silencios en ese recuerdo, que afectan al testimonio. Hablamos del “grupo” más allá de la existencia de

la “agrupación estudiantil FEN”, es decir, como espacio de militancia pero también de contención, de lazos de compañerismo, de pareja, de familia, que van más allá de la política. En tal sentido, una de las militantes destaca la continuidad de los lazos de amistad hasta el presente:

“A mis mejores amigas las hice en la organización, que nos seguimos viendo después de cuarenta años, treinta años, y tuvimos problemas entre nosotras, dificultades, y lo que quieras, pero nos amamos.” (Catalina, 2005)

Esto es importante, justamente porque Halbwachs señala este punto y pone como precondition del recuerdo la duración del grupo: la duración de esa memoria estaba limitada forzosamente a la duración de ese grupo, es necesario que la memoria no haya dejado de coincidir con sus memorias y que existan bastantes puntos de contacto entre una y las otras para poder reconstruir el recuerdo sobre una base común. Es además interesante el acento que pone Halbwachs en el tema de la identidad, siempre desde una perspectiva de la permanencia, o sea, una propuesta de que continuidad e identidad sólo son posibles por medio de la memoria; la idea de una memoria colectiva proporcionando fijeza y estabilidad a la experiencia.

Pero por otro lado resulta enriquecedor ver el conflicto -o de manera menos determinante- los matices, dentro de ese grupo, y también rupturas y discontinuidades y reconfiguraciones de la memoria y de la identidad –no sólo permanencias.

Henry Rousso también hace hincapié en el tema de la permanencia y la identidad, y desde esa óptica sostiene que la memoria colectiva tiene como función estructurar la identidad del grupo, definirlos y distinguirlos de los otros, y permitirles articular la ruptura, los acontecimientos contingentes con la continuidad de cuestiones individuales y estructuras sociales. La memoria asegura la permanencia de un individuo o de un grupo en el tumulto de rupturas de la historia. (Rousso, 2000)

Por otro lado, en la relación con el Otro, aparecen los problemas que implican “contar” un pasado “incómodo”, marcado por heridas aún abiertas, con silencios, lagunas, no dichos, contradicciones.

Uno de los elementos sintomáticos que aparece en los relatos revisados respecto al pasado es la imposibilidad de nombrar “eso que pasó”, sobre todo en referencia a la historia de la lucha armada en los años setenta, y la ligazón entre eso que no puede decirse, nombrarse, la *ausencia* de palabras y la *presencia* de una herida:

“Fue muy terrible *lo que pasó*, muy terrible (...) *eso, eso, eso que pasó* terrible, también *lo que quedó*, y lo que va a quedar es esa *herida* en la sociedad argentina (...) la *herida* que significaba para la Argentina *eso que pasó*.” (Catalina, 2005)

Aparece entonces el interrogante acerca de cómo contar, cómo representar ese pasado, qué somos capaces de decir y pensar sobre el dolor de los demás... En este sentido creemos que es necesario entender la representación como un proceso de construcción del sujeto, como modos de explicar, comprender e interpretar la realidad, y se trata de una construcción que se realiza socialmente, culturalmente, discursivamente.

Respecto a los problemas de la transmisión de conocimiento acerca del pasado, Lorenz se pregunta acerca de cómo se cuenta el horror y la historia reciente en este país, y se ocupa de los mecanismos mediante los cuales la Argentina incorporó el pasado violento a su historia colectiva, y los desafíos que ello representa en la práctica docente. (Lorenz, 2009: 1)

Como investigadora me he enfrentado a los problemas que implican “contar” un pasado “incómodo”, marcado por heridas aún abiertas, con silencios, lagunas, no dichos, contradicciones. Aparece entonces el interrogante acerca de cómo representar el horror, qué somos capaces de decir y pensar sobre el dolor de los demás y sobre el horror de los demás... En este sentido creo que es necesario entender la representación como un proceso de construcción del sujeto, como modos de explicar, comprender e interpretar la realidad, y se trata de una construcción que se realiza socialmente, culturalmente, discursivamente.

Mi preocupación por la historia reciente surgió en una coyuntura en la que hubo una proliferación de trabajos sobre el pasado doloroso y violento en Argentina, y comencé a preguntarme acerca de la capacidad de esta difusión de imágenes y relatos para influir, o no, en nuestra reacción ante dichos fenómenos. En general se parte de la idea de que recursos como los testimonios, las imágenes, etc. provocarán necesariamente en el interlocutor una denuncia y un rechazo de la violencia. Pero creo que, en oposición a ello, no hay una correlación necesaria entre más imágenes y mayor capacidad de reflexión. De hecho, en algunos casos, cabe la duda de si la saturación de imágenes no puede incluso provocar insensibilidad. Es decir, es precisa una reflexión profunda, un análisis añadido al relato, una capacidad de escucha y de crítica que no siempre preexiste y que en el caso del trabajo áulico es necesario incentivar.

De modo que representar el horror es válido subjetivamente, la cuestión es si existe una forma de representación intersubjetiva o, dicho de otra forma, la posibilidad

de una subjetividad de transmitir el horror de forma representacional a otra subjetividad. Andreas Huyssen (2001) sostiene que la cuestión hoy en día ya no es si es posible representar el horror en la educación, la investigación o la literatura, en el cine o en el arte, sino cómo hacerlo. Ya que, de todas las formas y manifestaciones que surjan, es evidente que no todas tendrán el mismo valor, ni la misma intención, ni el mismo efecto. Surgen entonces muchos interrogantes... Debe ser esa representación fiel? Hasta qué punto puede serlo? Hasta qué punto se re-presenta sin caer en la morbosidad, en lo grotesco, en el show del horror que señala Lorenz? Quiénes tienen autoridad para representar el horror? Aquellos que lo sufrieron y sobrevivieron? Aquellos que nunca atravesaron situaciones semejantes? Y en ese caso, realmente pueden representarlo? Y en todo caso... para qué representar el horror? Para vencer el silencio? Para ayudar a la memoria? Para ayudarnos a pensar? Para recordar, para no olvidar, para no callar, para hacer catarsis, para no sentirnos responsables, para no sentirnos culpables, para no sentirnos cómplices?

¿Cómo es posible representarse, en el sentido de asumir los sufrimientos, los tormentos, las enfermedades, las privaciones y las pérdidas? Muchos de los sobrevivientes sostienen que el horror vivido, resignificado por el paso del tiempo y la mediación del lenguaje, debe ser transmitido en forma literal. Si esto fuera así la única representación posible del horror serían los testimonios crudos de quienes estuvieron allí, no habría representación legítima por parte de la cultura, ni el cine, ni la literatura, ni la fotografía, ni la pintura. Sin embargo, creo que teniendo bien presente que siempre será una imagen “mediada” del horror, incluso lejana y ajena como sostenía Sontag, son válidas.

Más allá de que no pueda haber una elaboración “exitosa” y menos aún una superación, ni para las víctimas, ni para los victimarios, ni siquiera para sus descendientes, sí es posible una representación que permita esa transmisión intergeneracional e intersubjetiva, y que mantenga viva la memoria. “Aunque solo se trate de muestras y no consigan apenas abarcar la mayor parte de la realidad a que se refieren, cumplen no obstante una función esencial. Las imágenes dicen: Esto es lo que los seres humanos se atreven a hacer. No lo olvides.” (Sontag, 2005)

La pregunta sigue siendo cómo y por qué representar el horror. Lo importante es qué hacer con lo que hemos visto. Qué hacer en imágenes, qué hacer en sonido, qué hacer con sus soportes tecnológicos. Qué ha sucedido, por qué sucedió, como ha podido suceder.

El hecho histórico se transforma en memoria, ésta es una memoria productiva. Su devenir culturalmente mediado no es –o no es meramente- alegórico, simbólico, representativo, ante todo es necesariamente reflexivo. No sólo narra los hechos del pasado, los vuelve un problema en el presente.

A través de este recorrido hemos intentado reflexionar y plantear algunas preguntas vinculadas al trabajo en el campo de la historia reciente, tanto en el espacio de enseñanza como de investigación, y a la utilización de recursos provenientes de la historia oral, como el testimonio, para el abordaje de este tipo de problemática. A su vez hemos planteado las ventajas de trabajar con estas fuentes así como los problemas y desafíos que presentan las fuentes orales para el historiador. Creemos que más allá de esto, su utilización es provechosa en tanto nos permite arribar al mundo interior de los actores, a sus percepciones, expectativas, representaciones, etc. y una revalorización del lugar del sujeto en tanto “agente”.

El recurso al testimonio es útil para abordar el tema del pasado reciente en Argentina, promoviendo la utilización de archivos orales y documentales y aportando otra perspectiva e información que no es posible recabar mediante otro tipo de fuentes. Ello favorece no sólo la apreciación de los aspectos subjetivos de un fenómeno social, y de la multiplicidad de miradas, discursos y opiniones que existen en torno a un hecho.

De esta manera se valoriza el lugar del Otro, con quien se puede acordar o confrontar, pero en todo caso, se puede dialogar, reflexionar, criticar, reformular o replantear posiciones, etc.

Aquí aparece ineludiblemente la idea de discursos diferentes sobre el pasado y el presente que circulan y se relacionan en el espacio pluridiscursivo de lo público, la existencia de memorias en conflicto y en disputa por la apropiación del sentido de la historia.

La historia reciente plantea interrogantes y cuestiones que quedan abiertas. Se trata de abordar un pasado que resulta todavía doloroso, abierto, complejo y polarizador, habitado por múltiples voces y recorridos personales y colectivos vinculados a configuraciones identitarias y proyectos transformadores, siempre abierto a nuevos relatos y a nuevas lecturas y reapropiaciones. Respecto a ello, creemos que tanto el relato testimonial, como las imágenes, y otros recursos culturales son recursos útiles para abordarlo, más allá de que se trate de representaciones parciales, sesgadas e inacabadas, abren la posibilidad de reflexión y de escucha.



Hemos planteado además aquí el tema de cómo ese pasado, doloroso aún, ha sido incorporado a la historia colectiva y cómo se transmite, cómo se cuentan hechos y procesos que han sido tan significativos y han marcado tan fuerte las vidas de los actores.

La historia reciente plantea interrogantes y cuestiones que quedan abiertas. Se trata de abordar un pasado que resulta apasionante desde el punto de vista político, todavía doloroso, inevitablemente polarizador de opiniones y sentimientos. Un fenómeno complejo, lleno de recovecos, de aristas desconocidas, de trayectorias personales y proyectos colectivos, de formación de identidades. Un terreno abierto a nuevos relatos y a nuevas lecturas, interpretaciones, reapropiaciones. Ese es el desafío.

### **Referencias bibliográficas**

- AGAMBEN, Giorgio. *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*, 2º ed., Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2004.
- BENJAMIN, Walter. *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*. Barcelona: Planeta Agostini, 1986
- CARNOVALE, Vera; Lorenz, Federico y Pitaluga, Roberto (comps.). *Historia, memoria y fuentes orales*. Cedinci editores, Buenos Aires, 2006.
- FOUCAULT, Michel, *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona, 1987.
- HALBWACHS, Maurice. “Memoria individual y memoria colectiva”, en *Estudios* N° 16, otoño 2005.
- HUYSEN, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, Fondo de Cultura Económica, México, 2001.
- JELIN, Elizabeth, “Memorias en conflicto”, en *Los puentes de la Memoria*, La Plata, 2000.
- ..... “Los trabajos de la memoria”, Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- ..... “La narrativa personal de lo ‘invisible’”, en *Historia, Memoria y Fuentes orales*, Buenos Aires, Cedinci, 2006.
- LACAPRA, Dominik. *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.
- LORENZ, Federico, “El pasado reciente en la Argentina: la gestión de la memoria del Proceso entre los jóvenes”, en *Curso de Enseñanza de las ciencias sociales:*

- construcción de conocimiento y actualización disciplinar*, FLACSO, 2009.
- ..... “La Historia como ciencia social: ¿mirar a las sociedades o los individuos?”, en *Curso de Enseñanza de las ciencias sociales: construcción de conocimiento y actualización disciplinar*, FLACSO, 2009b.
  - ..... “La memoria de los historiadores”, en *Lucha armada en la Argentina*, Año I, N° 1, Buenos Aires, 2004.
  - NAMER, Gérard. “Antifascismo y ‘la memoria de los músicos’ de Halbwachs (1938)”, EN: *Ayer*, n° 32, 1998.
  - OBERTI, Alejandra, “Contarse a sí mismas. La dimensión biográfica en los relatos de mujeres que participaron en las organizaciones político-militares de los 70”, en *Historia, Memoria y Fuentes Orales*, Cedinci, Buenos Aires, 2006.
  - RAMOS, Ramón. “Maurice Halbwachs y la memoria colectiva”, EN: *Revista de Occidente*, n° 100, septiembre 1989.
  - ROUSSO, Henry. “El duelo es imposible y necesario”, entrevista por Claudia Feld, *Revista Puentes*, año 1, número 2, diciembre 2000.
  - \_\_\_\_\_ “El estatuto del olvido”, EN: *Academia Universal de las Culturas, ¿Por qué recordar?* Barcelona, Granica, 2002.
  - SCHWARSTEIN, Dora. “Fuentes orales en los archivos: Desafíos y problemas”. EN: *Historia, antropología y fuentes orales*, N° 27, Barcelona, 2002.
  - SONTAG, Susan, *Ante el dolor de los demás*, Alfaguara, Buenos Aires, 2005
  - TORTTI, María Cristina, *El “viejo” partido socialista y los orígenes de la “nueva izquierda” (1955-1965)*. Buenos Aires: Prometeo libros, 2009.
  - VILANOVA, Mercedes, “Rememoración y fuentes orales”, en *Historia, Memoria y Fuentes Orales*, Cedinci, Buenos Aires, 2006.

#### **Fuentes orales citadas:**

- Testimonio de Catalina, *Programa de Historia Oral*, FFyL, 2005.